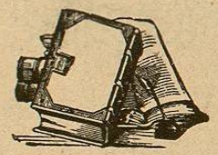
Cuarta Carta Pastoral

—del Ilmo. Sr.—

DR. D. LEOPOLDO RUIZ,

—OBISPO DE LEON.—



LEON —1902.

Imprenta y Encuadernación de Zenón Izquierdo.

y á hacer que desaparezca la obra máxima de Jesucristo, procurando con encarnizamiento que no conoce límites, arrebatar al hombre, en el orden intelectual, el tesoro de las divinas verdades, y arrancar de raíz, en el orden social, las instituciones cristianas más santas y saludables? Todo esto vosotros mismos lo observais diariamente; vosotros, que Nos habeis expresado más de una vez vuestra alarma y vuestra angustia, deplorando la multitud de preocupaciones, de errores y de falsos sistemas, en que impunemenfe se imbuya á la multitud. ¡Cuántos lazos no se tienden por doquier contra las almas inocentes! ¡Cuántos obstáculos no se amontonan para debilítar, y, cuanto sea posible, anular la acción de la Iglesia! Y entre tanto, como para añadir la beta á la injusticia, se dice de la misma Iglesia que no sabe recobrar su antigna virtud y que es importante para eucauzar el torrente de desbordadas pasíones que amenaza arrasarlo todo.

Bien querríamos hablaros, Venerables Hermanos, de asunto menos triste y más conforme á la feliz coyuntura que Nos mueve á dirigiros la palabra; mas nada autoriza otro lenguaje, ni las pruebas por que atraviesa la Iglesia, que exijen con las mayores instancias un rápido auxilio, ni la condición de la sociedad contemporánea, la cual, hondamente trabajada en el orden moral y material, se encamina á más sombrío porvenir con el abandono de las grandes tradiciones cristianas, porque, en virtud de una ley providencial, confirmada por la historia, no se puede atentar contra los grandes principios religiosos sin conmover al mismo tiempo las bases del orden y de la prosperidad social. En tales circunstancias, para que las almas recobren aliento y para aprovisionarlas nuevamente de fé y valor, Nos parece que será oportuno y útil considerar atentamente en su origen, en sus causas y en sus múltiples formas, la guerra implacable que se mueve á la Iglesia y declarando las funestas consecuencias que entraña, señalar su remedio. Resuene, pues, muy alto Nuestra palabra, aun cuando ha de recordar verdades afirmadas en otras ocasiones; sea oída, no solamente por los hijos de la unidad católica, sino tambien por los disidentes, y hasta por los infelices que nada creen, ya que todos son hijos del mismo Padre y todos están destinados al mismo y supremo bien; sea

acogida, finalmente, como testamento, que, á la corta distancia en que Nos hayamos de las puertas de la eternidad, queremos dejar á los pueblos, á modo de presagio de la salnd que á todos deseamos.

En todo tiempo ha tenido que luchar y padecer por la verdad y la justicia la Iglesia santa de Cristo. Instituida por el mismo divino Redentor para propagar en el mundo el reinado de Dios, ha de conducir á la humanidad decaída, alumbrandola con los resplandores de la ley evangélica, á su inmortal destino, es decir, ha de ponerla en posesión del infinito bien que Dios no tiene prometido, y á cuya altura jamás llegaríamos por solas nuestras fuerzas: misión divina, que no puede cumplir sin chocar en las innumerables pasiones que nos legó el antiguo pecado y la corrupción que el pecado introdujo, soberbia, codicia, desenfrenado amor de los goces materiales, y contra los vicios y desórdenes que todo eso produce, todos los cuales han encontrado en la Iglesia el freno más poderoso.

El hecho de tales persecuciones no debe maravillarnos. ¿Acaso no fueron anunciadas por el divino Maestro y no sabemos que durarán tanto como el mundo? Y, en efecto, ¿que dijo á sus discípulos el Salvador cuando les envió á derramar el tesoro de su doctrina en todas las naciones? Nadie lo ignora: "Sereis perseguidos de ciudad en ciudad á causa de mi nombre; sereis odiados y vilipendiados; sereis llevados á á los tribunales y condenados á los mayores castigos" Y para animarles á soportar tales pruebas, El mismo se les dió en ejemplo: "Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mi." "Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit." (1) Esas son las alegrias, esos los premios que el divino Salvador nos promete en la tierra.

Quien juzgue sana y sencillamente de las cosas jamás podrá descubrir la razón de semejante odio. ¿A quién ofendió jamás el divino Redentor, ni en qué vino nunca á desmerecer? Habiendo bajado del cielo á impulso de infinita caridad predicó una doctrina intachable, consoladora, adecuada cuan-

[1] San Juan, XV, 18.

to no se puede ponderar para unir fraternalmente á todos los hombres en la paz y el amor. No vino á ambicionar grandezas terrenas, ni honores mundanos, ni usurpó el derecho de nadie; sino, muy al contrario, se vió mostrarse infinitamente compasivo con los débiles, los enfermos, los pobres, los pecadores y los oprimidos, de modo que pasó por el mundo derramando entre los hombres á manos llenas celestiales beneficios. Fué, pues, sencillamente un exceso de malicia de parte de los hombres, exceso tanto más lamentable cuanto fué más injusto; y, según la profecía de Simeón, el Salvador se hizo blanco de contradicción en la tierra: "Signum cui contradicetur." (1)

Siendo esto así, ¿hay razón para maravillarse de que la Iglesia católica, que la continuadora de la divina misión de Nuestro Señor Jesucristo y la incorruptible Depositaria de su verdad, no se haya librado de la suerte que cupo á su Fundador? El mundo no varía. Al lado de los hijos de Dios se hallan siempre los secuaces del gran enemigo del género humano, de aquel que rebelde desde el principio con el Altísimo, es llamado en el Evangelio príncipe de este mundo. Y ved ahí por qué, en frente de la ley divina y de quien se la presenta en nombre de Dios, este mundo siente hervir y levantarse dentro de si propio un espíritu de independencia, á que no tienen ningún derecho. ¡Ah! ¡Cuántas veces, con inaudita crueldad, con descarada injusticia; cuántas veces, en las épocas más revueltas y para evidente ruina de la sociedad, los enemigos de la Iglesia se han formado en columnas cerradas á fin de destruir la obra de Dios!

Si un género de persecución resultaba ineficaz, se probaba otro. Durante tres largos siglos, el imperio romano, abusando de la fuerza bruta, sembró todas sus provincias con los cuerpos de nuestros mártires y enrojeció con su sangre el suelo todo de esta sagrada ciudad. Luego la heregía, unas veces disfrazada, otras á cara descubierta, recurrió á los sofismas y á toda suerte de pérfidos artificios para desgarrar la armonía de la Iglesia y su unidad. Como tromba devastadora se descadenaron después, por el Norte, los bárbaros

(1) San Lucas, II, 34.

y el islamismo por el Mediodía, dejando por dondequiera que pasaban montones de ruinas en inmensos desiertos. Así se transmitió de siglo en siglo la triste herencia del odio con que siempre luchó la Esposa del Cordero. Entonces sobrevino un cesarismo, tan desconfiado como potente, envidioso de la ajena grandeza por mucho que hubiera desarrollado la propia, y que se aplicó de nuevo á dirigir continuos asaltos á la Iglesia para arrebatarla sus derechos y pisotear su libertad Estalla el corazón de sentimiento contemplando esta Madre abrumada con tanta frecuencia de indecibles angustias y dolores, á pesar de lo cual, triunfando de todos los obstáculos, de todas las violencias y de todas las tiranías, siempre fué alzando en nuevos territorios sus pacíficas tiendas, salvaba de la destrucción el glorioso patrimonio de las artes, de la historia, de las ciencias y las letras, y, comunicando profundamente el espíritu del Evangelio á todo el cuerpo social, creaba la civilización cristiana, á que deben los pueblos, sometidos al benéfico influjo de la Iglesia, la equidad en sus leyes, la suavidad de costumbres, la protección á los desvalidos, la piedad para con los pobres y desdichados, el respeto á los derechos y dignidad del hombre, y por todo eso, y cuanto es posible en medio de las fluctuaciones humanas, aquella paz de la vida social que procede del prudente consorcio de la justicia y la libertad.

Estas pruebas de la intrinseca bondad de la Iglesia son tan sublimes y brillantes como continuas, no obstante lo cual, al modo que sucedía en la Edad Media y durante los primeros siglos, también en épocas más cercanas á nosotros, vemos á la Iglesia combatida, en cierto sentido más dolorosamente que nunca. A consecuencia de antecedentes históricos, ya bien conocidos, la llamada Reforma levantó en el siglo XVI el estandarte de la rebelión y, resuelta á herir á la Iglesia en el corazón mismo, combatió contra el Pontificado, cortó los preciosos vínculos de la antigua unidad en la autoridad y la fe que, centuplicando muchas veces la fuerza, el prestigio y la gloria, gracias á la armoniosa concordia en unos mismos propósitos, había reunido á todos los pueblos bajo un sólo cayado y un sólo pastor, é introdujo en las filas cristianas un principio funesto de lamentable disgregación.

No afirmamos con esto que desde el principio de aquel movimiento hubiera el propósito de desterrar el principio cristiano del seno de la sociedad; mas negando, por una parte, sumisión á la supremacía de la Sede de Roma, causa efectiva y lazo de unidad, proclamando, por otra, el principio del libre exámen, conmovía hasta en lo más hondo de sus cimientos el divino edificio, y se abrió el camino á infinitas variaciones, á la negación, á la duda en asuntos de la mayor importancia, en términos que la realidad sobrepujó las previsiones de los mismos novadores.

Abierto así el camino, surgió entonces el filosofismo orgulloso y burlón del siglo XVIII, que fué más adelante. Hizo chacota de los libros de la Sagrada Escritura y rechazó en junto las verdades divínamente reveladas, y lo hizo con el fin de arrancar de la conciencia de los pueblos toda creencia religiosa y borrar en ellos hasta el postrer vestigio del espíritu cristiano. De esta fuente manan el racionalismo y el panteismo, el naturalismo y el materialismo, sistemas funestos y deletéreos que reinstauraron con nuevas apariencias antiguos errores, ya victoriosamente refutados por los Padres y los doctores de la Iglesia, de suerte que el orgullo de los siglos modernos, por exceso de confianza en sus propias luces, quedó herido de ceguera y al modo que le sucedió el paganismo, vive de quimeras, aun en aquello que especialmente concierne á los atributos del alma humana y á los inmortales destinos que constituyen su glorioso privilegio.

La guerra contra la Iglesia tomó así un carácter de mayor gravedad que en el pasado, no tanto por la vehemencia del ataque, cuanto por su universalidad. La incredulidad contemporánea no se limita, en efecto á poner en duda, ó negar, esta ó la otra verdad de fé. Sus ataques se dirijen al conjunto mísmo de principios que la revelación consagra y la verdadera filosofía sostiene, principios santos y fundamentales que declaran al hombre el objeto final de su paso por la vida, que le sostienen en el cumplimiento de sus deberes, que le infunden en el alma fortaleza y resignación, y que, prometiendole una justicia incorruptible y una felicidad completa más allá de la muerte, le enseñan á subordinar el tiempo á la eternidad, la tierra al cielo. ¿Y con qué se re-

emplazan estas máximas, estos incomparables consuelos que suministra la fé? Con un espantoso escepticismo, que hiela los corazones y ahoga en las conciencias toda aspiración generosa.

Como vosotros lo veis, Venerables Hermanos, harto han trascendido estas funestas doctrinas del campo de las ideas á la vida exterior y la esfera pública. Grandes y poderosos Estados no cesan de practicarlas, imaginando que así trabajan por la civilización y se colocan á la cabeza del progreso. Y como si los poderes públicos no debieran concentrar en sí mismos y reflejar cuanto hay de más sano en la vida moral, se creen relevados de la obligación de honrar á Dios públicamente, y sucede con sobrada frecuencia que, alardeando de permanecer indiferentes con todas las religiones, de hecho mueven guerra á la única establecida por Dios.

Este sistema de ateísmo práctico debía acarrear, y, efectivamente, ha acarreado, una profunda perturbación en la esfera de la moral; porque, como ya lo entrevieron los sabios más famosos de la antgüedad pagana, la religión es el principal fundamento de la justicia y la virtud. Cuando se rompen los lazos que unen al hombre con Dios, Legislador soberano y Juez universal, ya no queda sino un fantasma de moral, moral exclusivamente civil, ó como suele llamarse, independiente, la cual, haciendo abstracción de toda razón eterna y toda ley divina, nos arrastra sin remedio por una fatal pendiente á la postrer consecuencia de proponer como ley del hombre el hombre mismo. Incapaz desde este punto de elevarse en alas de la esperanza cristiana hasta el supremo bien, ya no busca más aliento que el material en los goces y comodidades de la vida; se despiertan en él la sed de placeres, la codicia de riquezas, el inmoderado deseo de rápidas y desmedidas ganancias, aun con ofensa de la justicia; en él se inflama toda suerte de ambiciones y no sé qué febril y frenética avidez de satisfacerlas, aunque sea de un modo ilícito; por último, se apoderan de él, como dominadores, el menosprecio de las leyes y el desenfreno de las costumbres, los cuales, generalizándose, producen una verdadera decadencia de la sociedad.

¿Exageramos, por ventura, las tristes consecuencias de los dolorosos desórdenes de que hablamos? No, porque ahí está

Talleres de Imprenta de Z. Izquierdo.—Oratorio nº 25.

Nos, el Dr. D. Leopoldo Ruiz, por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostólica, Obispo de León.

Al M. Ilustre Sr. Dean y Cabildo de esta Sta. Iglesia Catedral, al V. Clero Secular y Regular, y á todos los fieles de la Diócesis, salud y bendición en Jesucristo Ntro. Señor.

Venerables hermanos é hijos nuestros:

En medio de la alegría que siente el mundo católico por el singular beneficio que el Dios de las bondades, dueño de la vida y de la muerte, se ha dignado concederle, conservando de manera tan maravillosa la vida de Nuestro Smo. Padre el Sr. León XIII, la augusta voz del Venerable Anciano se ha dejado oir por todo el orbe, pero con acento que respira el más vivo dolor, á causa de la encarnizada persecución que en todas partes se hace á la Esposa de Jesucristo Ntro. Señor, la Sta. Iglesia Católica.

Las palabras de un padre moribundo son sagradas para sus hijos: así quiere el Padre Santo que sean las de su última Encíclica para todos los que tenemos la dicha de con-

tarnos entre sus hijos. "Sea acogida, dice él, nuestra palabra como testamento que, poco distantes como estamos de las puertas de la eternidad, queremos legar á las Naciones todas con deseos y votos del bienestar común."

Quiere además el Padre Santo que las palabras de su carta vayan dirigidas, no sólo á los fieles hijos de la Iglesia Católica, sino también á los que de ella se han emancipado, lo mismo que á los desdichados que no creen; "pues todos, dice, son hijos del mismo Padre y creados para la misma eterna felicidad.

¡Ojalá que los pocos habitantes de esta Diócesis que se hallen fuera de la Iglesia Católica escuchen la voz del Vicario de Cristo y dejando á un lado preocupaciones infundadas abracen la fé católica única fuente de felicidad y sólo fundamento de la eterna salvación!

Con precisión y claridad admirables enumera el Padre Santo los males que afligen á la Iglesia y á la sociedad, señalando después para todos ellos los remedios infalibles. Quizá nosotros mismos tengamos alguna culpa en esos males que Dios ha podido permitir en castigo de pecados que habrá dejado pasar impunemente nuestra indiferencia. En caso de que nos encontremos culpables, renovémonos en el espíritu de la rectitud, profesemos con santa libertad nuestra sacrosanta Religión, y alejemos de nosotros y de los nuestros cuanto pueda hacernos cómplices de los enemigos de la fé cristiana.

Escuchemos con la debida piedad la voz de Ntro. Santísimo Padre:

LEON PAPA XIII.

Venerables Hermanos: salud y bendición apostólica.

Habiendo llegado al año vigésimo quinto de Nuestro Apostólico ministerio y asombrado Nos mismo de lo largo de la carrera que en medio de amargos y continuos cuidados hemos recorrido, Nos sentimos muy naturalmente inclinado á levantar Nuestro pensamiento á Dios, siempre bendito, que entre otros muchos favores se ha dignado concedernos un Pontificado de duración tal que apenas registra la historia algunos semejantes. Así es que al Padre de todos los

hombres, á Aquel que guarda el misterioso secreto de la vida, dirigimos Nuestro himno de acción de gracias por imperioso movimiento de Nuestro corazón. Y ciertamente, la mirada del hombre no puede llegar hasta lo íntimo de los designios del Señor en la prolongación, superior á toda esperanza, de los días de Nuestra ancianidad, punto en que no Nos cabe sino la adoración y el silencio. Mas, á pesar de ello, hay algo que sabemos perfectamente y es que, si le plugo, si le place todavía, conservar Nuestra existencia, Nos incumbe un grandísimo deber: el de vivir para bien y engrandecimiento de su Esposa inmaculada, la santa Iglesia, y lejos de desanimarnos por cuidados y fatigas, consagrarla lo que Nos reste de fuerzas hasta Nuestro postrer aliento.

Luego de haber pagado el debido tributo de gratitud á Nuestro Padre celestial, á quien pertenece eternamente todo honor y gloria, gratísimo Nos es volver á vosotros Nuestro pensamiento y dirigiros la palabra, Venerables Hermanos, porque, llamados vosotros por el Espíritu Santo á gobernar escogidas porciones del rebaño de Cristo, participais de esa manera con Nos en las luchas y los trinnfos, en los dolores y las alegrías del ministerio Pastoral. No; jamás se borrarán de Nuestra memoria las abundantes y repetidas pruebas de religiosa veneración que Nos habeis prodígado durante el curso de Nuestro pontificado, y que todavía multiplicais, con amorosa emulación, en los actuales momentos. Unido ya íntimamente á vosotros por deber y por paternal amor, esas pruebas, que Nos son gratas sobre todo encarecimiento, Nos aprietan á vosotros con mayor fuerza, no tanto por lo que afectan á Nuestra persona, como por la iuviolable adhesión que declaran á esta apostólica Sede, centro y colnmna de todas las de la catolicidad. Si siempre ha sido necesario que en los diversos grados de la jerarquía eclesiástica, todos los hijos de la Iglesia se mantuvieran con gran celo unidos por los vínculos de una recíproca caridad y la consecución de unos mismos designios, de manera que no tengan sino un sólo corazón y una sóla alma, esta unión ha venido á ser en nuestros tiempos más indispensable que nunca. Y, efectivamente, ¿quién puede ignorar la inmensa conjuración de fuerzas hostiles que tiende ahora á arruinra